

despedirse rompiesen el pan. Para reproducir más de cerca la escena de la institución se unió preferentemente el rito sagrado a una comida que se hacía en común, y que por eso, y por ser como una preparación al sacramento del amor, empezó a llamarse «ágape», palabra griega que quiere decir amor.

Vemos cómo el día de la resurrección Jesús encontró a los Apóstoles reunidos en torno a la misma mesa; y así los encontramos también el día de Pentecostés. Cuando a la primera predicación de Pedro la Iglesia se aumenta con varios miles de creyentes, se ven obligados a repartirse en pequeños grupos para celebrar la reunión eucarística; y tal vez fué la celebración de la Eucaristía con la comida que le precedía lo que les inspiró la idea de poner todas las cosas en común. Cuando surgieron otras comunidades, más desconfiadas con respecto a estas prácticas de un comunismo fraterno, debió darse con frecuencia el caso en que un anfitrión rico invitase a reunirse en su casa a los demás hermanos; pero no siempre era fácil encontrar esa persona desprendida y poderosa; y, por otra parte, bien pronto la casa particular fué reemplazada por un local más amplio, una escuela, un gimnasio o un salón cualquiera, que, destinado durante el día para usos profanos, se adaptaba al atardecer para recibir a los catecúmenos o a los neófitos. Y allí se dirigían los miembros de la comunidad cristiana, llevando sus provisiones para comer el ágape, después de escuchar la exposición del catequista, y terminar la reunión con la fracción del pan.

Es posible que cuando escribían San Mateo y San Marcos el ágape hubiera desaparecido en las comunidades de Palestina y en las que procedían de ella. San Pablo, sin embargo, le conserva en las iglesias por él fundadas, aunque no va a tardar en advertir cuántos abusos pueden originarse de esta costumbre. Hay dos pasajes de su vida que nos permiten asomarnos hacia aquella venerable y contemplar como acción viva la formación litúrgica, que se opera-

ba en el seno de la Iglesia. El uno está vigorosamente bosquejado en la primera Epístola a los corintios; del otro nos habla con pormenores emocionantes el capítulo XX de los Actos de los Apóstoles.

Es a mediados del primer siglo, veinte años después de la muerte del Señor. San Pablo había llegado por primera vez a Corinto en la primavera del año 52. Venía lleno de esperanzas, después de su fracaso de Atenas; y hay que reconocer que la potencia de Mammón, y los demonios de la carne, triunfantes en la ciudad del istmo, fueron para él menos adversos que el orgullo pedantesco de la falsa ciencia. Porque Corinto, la ciudad que dió nombre al capitel famoso que parecía el nido de las gracias, y a las ánforas célebres, que se disputaban los potentados de Roma, era la ciudad de los placeres y al mismo tiempo la metrópoli del tráfico y la riqueza. Pero entre sus mercaderes y sus esclavos, sus fabricantes y sus cortesanas, encontró el Apóstol un gran número de almas preparadas para oír la palabra de Cristo. Año y medio permaneció allí durante su primer paso por tierras helénicas, y tales triunfos logró para el cristianismo, que los judíos acudieron al procónsul para hacerle enmudecer. El procónsul, el cordobés Galión, hermano de Séneca, le dió a él la razón; pero Pablo, considerando su misión terminada, resolvió ir a Jerusalén, dejando allí una comunidad numerosa y ferviente, aunque se resintiese de la novelería, de la inquietud, del aturdimiento que daban el tono a todas las actividades de aquella ciudad. Por eso San Pablo tendrá puestos en ella sus ojos y la cuidará con especial cariño, considerándola como una de sus más preciosas conquistas.

Y ésta fué la iglesia que le dió más consuelos y más disgustos. Cuatro años más tarde, estando en Efeso, recibe la noticia de que sus discípulos viven allí agitados por toda suerte de vendavales. Le hablan de desórdenes, pendencias, discordias e inmoralidades. La diosa de la ciudad, Venus Pandemos, parece salpicarlo todo